

Raimundo Lida. *LETRAS HISPÁNICAS*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1958, 346 págs.

Bajo este título reúne Raimundo Lida artículos, ensayos y estudios suyos de diversos años, relativos en su mayor parte a temas de las literaturas hispánicas. Entre estos trabajos, se encuentra el estudio "Bergson, filósofo del lenguaje" (págs. 45-99), cuya primera versión fue escrita hace ya un cuarto de siglo*. Sólo ahora es accesible para la generalidad del público filosóficamente interesado —y no debe quedar inadvertido para éste.

Nos referiremos en esta reseña sólo a este estudio, no sin señalar de paso, en relación con los problemas estéticos generales, los breves ensayos "Condición del poeta" y "Kierkegaard y la poética actual", compuestos al modo de un sugerir atisbos esenciales a través de la evocación y relación de diversas concepciones históricas del problema de la poesía. Es perceptible que el autor se abstiene aquí de enunciar su propia concepción; se advierte la voluntad de no decir la visión del objeto que sugiere y que el lector acaso espera vanamente encontrar al fi-

* Apareció como ensayo en el número de septiembre de 1933, de la revista argentina *Nosotros*.

nal acuñada en fórmula rotunda. Esta reserva puede iluminarse en su sentido y justificación teórica precisamente con la lectura del estudio sobre Bergson.

Pues la evidenciación y la determinación de los límites y de la impotencia del decir, son el tema fundamental de la reflexión bergsoniana sobre el lenguaje. Y esta impotencia es para Bergson justamente la impotencia teórica del decir directo que pretende nombrar y ceñir su objeto sometiéndolo a categorías generales. Sólo un uso indirecto del lenguaje lo haría herramienta de la comunicación de auténtico conocimiento. Podría decirse que, según Bergson, la comunicación del conocimiento no puede lograrse en intención de nombrar el objeto, en su presunta descripción lingüística, pues éste carece, en su realidad última, de nombre. Los "nombres comunes", las palabras de la lengua, no son "propios" para la realidad auténtica. Comunicar conocimiento sería sólo poner al oyente mediante palabras e imágenes en situación de ver lo indecible, de intuir.

Raimundo Lida despliega admirablemente la concepción bergsoniana del lenguaje, evidenciándola como necesaria consecuencia de la teoría del conocimiento y la metafísica del pensador francés. La crítica del concepto como órgano del conocimiento y la concepción de la realidad auténtica como fluyente, dinámica y siempre única e individual —metafísica que determina aquella crítica en su contenido y en su validez— traen consigo esta denuncia de la impotencia del lenguaje, cuya aptitud cognoscitiva finca, naturalmente, en las significaciones generales de las palabras, identificables, en este plano, con los conceptos.

Diríamos que, para Bergson, una realidad que es inclasificable en su ser íntimo no puede ser aprehendida espiritualmente, no puede ser comunicada como imagen, en un hablar que es esencial-

mente clasificatorio y en descripciones y definiciones que no son sino ubicación del objeto en órdenes genéricos.

Ha de resultar fecundo (y lo promueve la intensidad de la visión que este trabajo de R. Lida comunica) considerar esta concepción del lenguaje junto a las de Husserl y Croce, pensadores que, a la distancia, aparecen en mucho afines a su coetáneo Bergson. Aquí sólo insinuaremos brevemente un paralelo. En el Husserl posterior a las *Investigaciones Lógicas*, el problema se presenta de un modo totalmente opuesto: el ser absoluto es justamente el orden de la conciencia, las estructuras trascendentales, lo general. Las palabras nombran, pues, el ser mismo. El orden que imponemos a la objetividad no es, como para Bergson, simplemente un sobrepuesto práctico que falsifica la realidad íntima y sirve sólo fines utilitarios. Es, en lo profundo, la fundación, la constitución del mundo. Visto desde Husserl, parece subestimar y desconocer Bergson la magnitud y la función de los órdenes generales, y, con ello, necesariamente, la potencia cognoscitiva del concepto y del lenguaje. En la metafísica de Bergson, las realidades no tienen esencias, y, así, la palabra no puede tener, en último término, objeto. Mientras la intuición, en el concepto de Bergson, sólo encuentra (en su conocimiento de lo que es verdaderamente) lo individual-concreto, para la "Anschauung" de Husserl hay un universo de esencias.

La concepción de Croce aparece tal vez menos perfilada. Es, en otro sentido, igualmente opuesta a la de Bergson. La intuición, que para éste sólo se logra en la superación del lenguaje y sus límites, para Croce sólo se da precisamente con y en el lenguaje; para él es intuición, puede decirse, configuración lingüística del objeto, y, por ello, expresión. El espíritu hace, de meras sensaciones y vagos estados, objetos del conocimiento median-

te el lenguaje. Este hacer es el intuir croceano. Croce sitúa a la intuición y al conocimiento lógico-conceptual en el mismo nivel de valor teórico, entendiéndolos como modos diversos y no parangonables del conocer. Critica al concepto sólo en cuanto pretende irrumpir en el dominio estético (intuitivo), como ocurriría con las doctrinas de los géneros artísticos, etc., pero tampoco extiende esta crítica al lenguaje, pues no ve en éste un orden de conceptos sino formas de intuición. No es fácil comprender cómo concilia Croce esta visión del lenguaje con la evidencia de las significaciones generales de las palabras. Habría tal vez que considerar, para comprender esto, que concibe el lenguaje como discurso efectivo, no como sistema. Es imaginable, sin embargo, que la concepción croceana pueda ser complementada e iluminada con la de Bergson, y que la superación de la conceptualidad del discurso en intuición, que Bergson señala como obra de la poesía y de la metafísica, sea la clave para comprender la visión de Croce y el por qué entiende éste poesía como pura intuición ajena a conceptos. Un acto ulterior, intuitivo, superaría en intuición poética el discurso lógico del poema.

No podemos ir ahora, por cierto, más allá de estas alusiones y debemos justificarlas aquí principalmente, porque pueden insinuar el valor aclarativo que la concepción bergsoniana, por oposición o coincidencia, tiene para la comprensión de otras teorías y, en suma, para el problema del lenguaje. Ella parece a menudo extremada y no ajena a incongruencias esenciales, acaso inherentes a la empresa general de una crítica del conocimiento conceptual (y a menudo podrá pensarse que sólo en su tensa y difícil unión con otras grandes concepciones se obtiene una visión satisfactoria del lenguaje), pero su profundidad y nitidez son indudables. Haberlo mostrado definitiva-

mente es mérito de este trabajo de Raimundo Lida. No se ha limitado este autor a una suma de meras alusiones al pensamiento de Bergson. Ha creado, en el hecho, un claro trozo de inédita filosofía bergsoniana. De manera auténticamente filosófica, despliega esta concepción con la plenitud de problemas y explicitación de supuestos e implicaciones que la adquisición exige. La ordenación es rigurosa y tolera aquellas sutiles formas menores de la repetición, quizás connaturales del pensamiento que logra verdadero desarrollo. A la par, las referencias a los textos bergsonianos son minuciosas y fundamentan su sentido histórico-crítico de un modo técnicamente ejemplar cada paso de este estudio, que es a la vez interpretación de un pensamiento y realización del mismo, a la vez filología y filosofía. Este trabajo es una contribución fundamental para la filosofía del lenguaje y de la literatura.

Es muy de lamentar que los varios estudios relativos a la teoría del lenguaje que el autor ha repartido en diversas publicaciones —no siempre fácilmente accesibles— no hayan sido reunidos en un volumen.

DR. FÉLIX MARTÍNEZ BONATI.